

El sentido profundo del juego y la fiesta IV

Las fiestas iluminan el sentido de la vida

Cuando el hombre y las realidades que lo rodean hacen juego y se encuentran y enriquecen mutuamente, surge la *fiesta*. Toda fiesta –familiar, social, religiosa...- se basa en la transfiguración que produce el encuentro. El encuentro transfigura el *espacio físico* y lo convierte en *espacio lúdico*. Transfigura el tiempo que es mera *sucesión de instantes monótonos* y lo trueca en *ámbito de creatividad*. Estás oyendo una obra musical y lo único que prende tu atención es el *tempo*, el impulso interior que enhebra las notas, los acordes, los temas, y los ensambla en una red de formas expresivas. El tiempo del reloj va discurriendo entretanto, pero soterradamente, sin hacerse notar, porque es sobrepasado y sobrevolado por el *tiempo creativo*, propio de la música.

El tiempo y el espacio festivos albergan un sentido peculiar, que brota del juego mismo que es el encuentro. Ese sentido es una fuente de luz para comprender el alcance de nuestra vida. De aquí se deduce que *a la fiesta la luz le viene de dentro*, de su misma génesis, como sucede a un encuentro entre amigos, a una obra de arte, a la interpretación de una obra musical.

La vida humana se vuelve festiva merced al ideal de la unidad

La transfiguración festiva de nuestra vida acontece cuando la orientamos hacia el *ideal de la unidad*, que es el *ideal del encuentro*. Cuando nuestra vida es configurada en todo momento por el ideal del encuentro -el ideal exigido por su ser más profundo-, se llena de coherencia y armonía, y, por tanto, de belleza y de luz. *Se vuelve, con ello, festiva*. Cuando, en el Ofertorio de la Misa, el sacerdote ofrece a Dios el pan y el vino –“fruto de la tierra y del trabajo del hombre”- se ensambla armónicamente todo cuanto existe: los cuatro elementos del “ámbito cuatripartito” de que hablaba el llamado “segundo Heidegger”: *cielo y tierra, dioses y mortales*. Ese momento marca el instante más festivo de nuestra vida, es decir, el más abierto a todo lo que ésta abarca, el más jubiloso y radiante, pues nunca irradia nuestra existencia tanta luz como cuando nos unimos a los seres del entorno del modo más entrañable, que es el que se da al asumir las posibilidades que nos ofrecen. Ya sabemos que la forma óptima de unirnos a una realidad es asumir activamente las posibilidades que nos ofrece. Esas posibilidades proceden en última instancia del Creador del Universo. Al ofrecerle agradecidamente esos dones, nuestra vida gana un carácter eminentemente festivo, con un tipo de fiesta que colorea toda nuestra vida. Nada extraño que hasta las realidades más humildes adquieran un carácter luminoso, colorista, encantadoramente atractivo: el espacio, el tiempo, la luz, los trajes, el ritmo del andar –en el baile-, el ritmo del hablar –en el canto-.

*Cuando vivimos orientados hacia el ideal del encuentro,
nuestra vida se vuelve festiva*

Una fiesta -al igual que una ceremonia importante: un acto de proclamación o consagración...- constituye un foco luminoso que arroja su luz sobre el conjunto de la vida, pero esta irradiación no tiene un carácter artificial, como si la fiesta proyectase sobre la vida de quienes la celebran un aura de sentido que en ella no existe germinalmente. Este sentido ya existe, está brotando en ella a modo de resplandor en cada instante. Sólo falta tematizarlo, darle cuerpo y volumen para que aparezca incluso de modo visible y plástico.

Esta labor tematizadora es difícil y fecunda. *Difícil*, porque nos exige tener intuición suficiente para captar el sentido de la relación del hombre con las entidades de su entorno y capacidad para plasmar en acciones concretas la luminosidad que brota en tales relaciones de encuentro. Es *fecunda*, porque muestra de forma luminosa los valores más hondos de la vida de un pueblo.

El calendario -con sus fiestas, sus solemnidades de carácter cívico y religioso, sus actos académicos, sus festejos populares, usos y ritos...- condensa y refleja la rica tradición de un país. De ahí que un hombre, al abrirse a la vida en el seno de un pueblo -que configura un determinado calendario y es nutrido, a la vez, por él-, queda envuelto nutriciamente por el tejido de relaciones que constituye, al hilo del tiempo, la vida de una comunidad humana. El sentido que irradian tales interrelaciones queda plasmado espléndidamente en esos acontecimientos singulares que son las fiestas.

Toda fiesta pide participación

Por tratarse de acontecimientos interaccionales, no de meras acciones superficiales y arbitrarias, las fiestas, para ser tales, deben ser asumidas por los hombres en cada momento. Toda fiesta nace de nuevo siempre que se celebra. Constituye una auténtica re-creación, como *memorial* que es de un conjunto de fecundas interacciones entre el hombre y las realidades más valiosas de su entorno. El hombre es acogido y nutrido espiritualmente por la fiesta si la asume de modo activo-receptivo, como fruto y expresión de una concordia que en parte contribuye él mismo a crear.

Los usos y costumbres, si han brotado espontáneamente del trato cordial del hombre y su entorno, sólo existen como tales en cuanto son activamente aceptados y asumidos por las diversas generaciones. Dar por sentado -como han hecho algunos intelectuales- que toda asunción de usos y costumbres es una práctica *impersonal* más bien *pasiva* constituye un prejuicio que urge revisar a fondo, por cuanto puede cerrar la puerta a toda forma de vida auténticamente humana, que implica una actitud de *sobrecogimiento*, como muy bien supieron destacar los filósofos de la línea que va de Plotino a Scheler y Marcel a través de Descartes y Fichte.

Hay costumbres que parecen muy sencillas, pero nos sobrecogen de emoción cuando vemos latir en ellas la historia profunda de nuestro pueblo

Yo celebro en verdad una fiesta al rehacer personalmente el acontecimiento de interacción que le dio origen. La fiesta me envuelve a mí en cuanto implica diversos acontecimientos interaccionales pasados -piénsese, por ejemplo, en las tradiciones agrícolas que laten en las fiestas de la recolección-, que, a modo de atmósfera vital, constituyen el ámbito complejo en que configuro mi existencia. Pero una fiesta en concreto, esta fiesta de recolección que celebramos hoy, sólo es para mí verdaderamente fiesta si la vivo como tal, como compendio y símbolo de una vida en relación, y no la celebro de forma superficial, como algo que no me afecta personalmente y en lo cual no participo con todo mi ser. De ahí la adulteración que sufre -por desarraigo- el folklore cuando de la plaza del pueblo pasa a los tablados de teatro y se convierte en mero «espectáculo».

La única forma de asumir auténticamente una tradición es recrearla y transmitirla, así acrecentada, a las generaciones posteriores. Toda asunción verdadera supone la creación de nuevas interrelaciones entre el hombre y el entorno. Por eso la fidelidad a los usos y costumbres recibidos acrecienta el legado tradicional. Este acrecentamiento de sentido tiene lugar en las formas de «recuerdo-memorial» que constituyen los actos conmemorativos de tipo religioso y cívico.

Alfonso López Quintás